

Edmonds, David J. y Eidinow, John A.: *El atizador de Wittgenstein* (Traducción de María Morrás), Barcelona, Ediciones Península, 2001, pp. 334.

David Edmonds (periodista y estudiante del doctorado en Filosofía en la Universidad de Oxford) y John Eidinow (escritor), ambos productores y presentadores de la BBC World Service, valiéndose de testimonios – presentes o no–, intentan hacer una reconstrucción de cómo se suscitaron los hechos en el célebre y breve encuentro entre dos de los más importantes filósofos del Siglo XX: Ludwig Wittgenstein y Karl Popper, a fin de darnos algunas pistas que nos permitan tener una versión de lo que pudo haber acontecido aquel día en el King’s College de Cambridge. Todavía hoy no sabemos exactamente que fue lo que ocurrió; en la búsqueda de esta explicación, los autores indagan profusamente en la vida de estos dos grandes genios de la filosofía, escudriñando sus complejas personalidades, lo que permitirá al lector adentrarse e incursionar en una especie de biografía intelectual de los protagonistas de este hecho, Wittgenstein y Popper, al hacer un recorrido por las diferentes circunstancias que se dieron en algunas etapas de sus vidas, y cómo ellas pudieron determinar, a modo de ver de los autores, sus particulares temperamentos.

Fue la noche del viernes 25 de octubre de 1946, cuando Popper asistió al King’s College de Cambridge (se cree que fue Bertrand Russell quien promovió la invitación, pues era un gran admirador de su obra y especialmente estaba cautivado en ese momento por el libro *La Sociedad Abierta y sus enemigos* que acababa de publicarse en Inglaterra y donde Popper atacaba abiertamente a los totalitarismos) para participar en una reunión del Cambridge Moral Science Club; su conferencia llevaba como título “¿Existen realmente los problemas filosóficos?”. Ese día había una amplia concurrencia en la Sala H3, y los asistentes esperaban con ansia y con cierta aprehensión el momento en que se diera el encuentro entre el conferencista invitado: Karl Popper y el Presidente del Club, Ludwig Wittgenstein, el filósofo de mayor relevancia en Cambridge, considerado por muchos el más brillante de su tiempo. Estas inquietudes de los asistentes no eran infundadas, pues ambos podían considerarse antagónicos en sus posturas filosóficas, aunque los dos ‘creían haber liberado a la filosofía de los errores del pasado y se sentían responsables por su futuro’. Entre los asistentes se encontraba Bertrand Russell, uno de los filósofos con mayor prestigio en Cambridge y también con una bien ganada reputación de ‘agitador radical’. Recién apenas había comenzado la conferencia, se suscitó una discusión entre Wittgenstein y Popper sobre la naturaleza esencial de la filosofía.

Lo que sucedió aquella noche todavía no está claro, pues no hay un acuerdo consensual de lo que pasó, ni siquiera entre los que estuvieron

presentes; por supuesto, menos se podría esperar de los que no estuvieron allí, los que se han visto bombardeados con diferentes versiones. Como dije antes, los autores de este libro intentan aclarar qué fue lo que pasó realmente aquella noche, cuando Popper y Wittgenstein se enfrascaron en una apasionada discusión sobre la naturaleza esencial de la filosofía, especialmente sobre si debía considerarse la existencia de verdaderos problemas filosóficos –la tesis sustentada por Popper– o si ellos eran sólo meros enredos, cuestiones que necesitaban aclararse –la posición sustentada por Wittgenstein.

Aun cuando el mismo Popper habla en su autobiografía –tal como lo señalan Edmonds y Eidinow– *Búsqueda sin término* (1947) de lo sucedido, hay algunas interrogantes sobre si él falseó lo sucedido. Popper recuerda en su libro que ‘Wittgenstein había estado jugueteando nerviosamente con el atizador de la chimenea’, el cual le servía como ‘la batuta de un director, para subrayar lo que decía’, y que cuando se tocó lo referente al estatuto de la ética, Wittgenstein le retó a dar un ejemplo de lo que pudiera considerarse una norma moral, a lo cual Popper contestó: ‘No amenazar a los conferencistas invitados con un atizador’; ante esta respuesta, Wittgenstein habría sido víctima de un ataque de ira, arrojando el atizador y abandonando violentamente la sala, dando un portazo.

Después que Popper murió, y al ver que en varios medios de comunicación se repetía la versión que éste había dado de lo sucedido aquella noche, el Profesor Peter Geach, quien había estado presente en la reunión del King’s College denunció el relato de Popper como “falso de principio a fin”, lo que motivó que se generara una amplia recepción de intercambios de cartas en el *Times Literary Supplement* de Londres de personas que habían estado presentes o que conocieron del hecho por otros medios, los cuales se aliaban con Popper o con Wittgenstein. Estos testimonios son considerados por Edmonds y Eidinow como algo ‘fascinante e irónico’, pues eran contradictorios entre sí, especialmente los que involucraban a las personas que estuvieron presentes aquel día. Lo que les causa estas emociones a nuestros autores es que los testimonios provenían de personas que estaban dedicadas a teorías epistemológicas, es decir, eran profesores dedicados a estudiar las bases del conocimiento, de cómo se comprenden las cosas y de qué es la verdad; no se trataba de que los presentes interpretaran los hechos, sino la manera en que se mostraban en desacuerdo respecto a cómo se dieron.

Los autores no dejan de hacerse preguntas sobre este incidente y las repercusiones que se dieron acerca de estos dos filósofos, lo que les lleva a preguntarse ¿Cuánto influyó en el incidente que ambos procedieran de la Viena finisecular, que ambos hubieran nacido en el seno de familias conversas y asimiladas, pero que existieran entre ellas un abismo en lo relativo a riqueza e influencia social? ¿Y qué hay sobre el *quid* del debate de aquella tarde, las diferencias filosóficas entre ellos?; por estas razones, a modo de ver de Edmonds y Eidinow, podían entenderse los motivos por

los cuales Popper veía en Wittgenstein al enemigo por antonomasia de la filosofía.

De las treinta personas presentes aquella noche, nueve pudieron responder –vía teléfono, por carta o correo electrónico– a la petición de Edmonds y Eidinow de que recordaran lo que había pasado aquella noche. Cada uno de estos nueve personajes dieron versiones, que de una u otra manera difieren entre sí; entre quienes estaban todavía con vida –los autores se maravillan de la longevidad que parecieran tener los filósofos– y respondieron a la petición estuvieron: sir John Vinelott, antiguo juez del Tribunal Supremo de Justicia de Inglaterra (contaba que cuando se topó con un ejemplar del *Tractatus*, quedó atrapado, lo que hizo que abandonara sus estudios de idiomas en la Universidad de Londres, marchándose a Cambridge, donde se encontraba Wittgenstein); Peter Munz, eminente profesor de Nueva Zelanda y quien podía considerarse un caso especial, pues había sido alumno tanto de Popper como de Wittgenstein; Stephen Toulmin, filósofo que ha tenido una gran trayectoria, sobre todo en los Estados Unidos, co-autor de *La Viena de Wittgenstein* y quien había rechazado, cuando estuvo como becario de investigación en el King's College, el cargo de ayudante de Popper; Peter Geach, especialista en lógica y especialmente de la obra de Gottlob Frege, profesor de la Universidad de Birmingham y de la Universidad de Leeds y esposo de Elizabeth Anscombe (ese día no asiste al King's College porque tenía que cuidar de los niños), autora de un excelente libro sobre el *Tractatus* y quien después de la muerte de Wittgenstein, se convierte en una de sus albaceas; George Kreisel, brillante matemático, profesor de la Universidad de Stanford, por quien Wittgenstein sentía un gran respeto como filósofo; Peter Gray-Lucas, quien abandonó la carrera académica para dedicarse a los negocios; Stephen Plaister, profesor de cultura y lenguas clásicas en educación media; Washi Hijab, quien era el Secretario de la Sociedad de Ciencia Moral en esa época y además, fue tutorando de Wittgenstein, a quien muchos consideraron responsable de que Hijab abandonara el doctorado sin haberlo concluido y que retomara las matemáticas; Michael Wolff, de diecinueve años, recién salido de la escuela, sintiéndose un poco en territorio desconocido.

Como dije anteriormente, las versiones variaban entre sí. Peter Geach recuerda que Wittgenstein mantuvo el atizador en la mano mientras discutía fuertemente con Popper a quien no lograba callar, la cual era la reacción que él siempre provocaba; Popper tampoco lograba silenciar a su interlocutor, así como tampoco que cediera en sus puntos de vista, lo que él también estaba acostumbrado a hacer cuando discutía con alguien. Geach recuerda que Wittgenstein mantuvo el atizador en la mano hasta que tomó asiento y luego lo dejó caer en las baldosas de la chimenea estirando sus manos hacia ella y es entonces cuando hace la observación de que Richard Braithwaite, preocupado por la forma en

que Wittgenstein gesticulaba con el atizador, lo recupera. Después de esto, Wittgenstein se levanta y ‘sin hacer apenas ruido, abandona la sala cerrando la puerta tras de él’.

Edmonds y Eidinow consideran que, aún cuando los recuerdos sobre lo que pasó aquella noche en el King’s College y sobre el papel que jugó el atizador, se han mantenido en la memoria de las personas que estuvieron presentes en aquel momento, es en el relato de John Vinelott donde se percibe más claramente ‘el aspecto fundamental en el comportamiento de Popper: si Popper intentó burlarse de Wittgenstein en su propia casa o no’. Para Vinelott lo que hace que Wittgenstein se llene de ira, es la ‘observación frívola y fuera de lugar que hace Popper’ sobre el ‘principio del atizador’. Esto es lo que provoca que Wittgenstein salga de manera brusca de la sala, aunque Vinelott no menciona que lo hiciera dando un portazo.

Por su parte Popper, en su autobiografía *Búsqueda sin término*, menciona este incidente de la siguiente manera: “ve como Wittgenstein usa el atizador para subrayar sus palabras y le exige que formule un principio moral y él responde: ‘No amenazar a los conferencistas invitados con atizadores’; después de lo cual, Wittgenstein tira el atizador y sale de la sala dando un portazo”. Esto es una mentira, dice el Prof. Geach, porque Wittgenstein salió antes de que Popper dijera lo anterior; esta versión de Geach –señalan Edmonds y Eidinow– concuerda con la de Toulmin. En este mismo libro, Popper reconoce que fue a Cambridge con la intención de molestar a Wittgenstein: ‘Admito que fui a Cambridge con la esperanza de provocar a Wittgenstein para que defendiera la perspectiva de que no hay problemas filosóficos y combatir con él en torno a este asunto’. Por su parte, Wittgenstein, unos días antes del encuentro, cuando el Secretario de la Sociedad de Ciencia Moral, Washi Hijab, le comentó que el próximo invitado era el Prof. Karl Popper, hizo el comentario de que no tenía la más mínima idea de quien era el Sr. Popper.

Intentando dar una respuesta concisa a lo sucedido, el resto del libro trata de una serie de capítulos donde los autores, buscando explicar lo que pudo haber pasado aquel día, reconstruyen las biografías intelectuales de estos dos genios de la filosofía. Son especialmente apasionantes los capítulos que describen a la Viena de aquel entonces, así como el que da una visión de la condición, de lo que significaba ser judío en esos tiempos; como ya lo sabemos, Wittgenstein y Popper era vieneses, aunque pertenecientes a estratos sociales distintos; Wittgenstein era algo mayor (13 años), pero ambos estuvieron inmersos en la vorágine cultural de los últimos años del imperio austro-húngaro, ambos compartieron la derrota que sufrieran en la Primera Guerra Mundial, así como ‘el intento de levantar una república moderna de las cenizas de la monarquía, el descenso como estado anexionado y la vorágine destructora de Hitler y el nazismo’.

Los autores nos ilustran sobre una gran variedad de acontecimientos que se dieron en la época en que vivieron estos dos filósofos; así, el lector puede, por ejemplo, recrearse en la Viena de la época. De esta manera, nos cuentan como Wittgenstein nació y vivió sus primeros veinte años en un palacete, con salas cuyas paredes y escaleras estaban cubiertas de mármol, siendo el octavo y último hijo de Karl Wittgenstein, un magnate del acero; a un kilómetro y medio estaba el confortable apartamento de la familia Popper, cuyas paredes estaban forradas de libros, donde nace y crece Karl. A decir de los autores, 'Viena era una ciudad sorprendentemente provinciana, en la que todo el mundo se conocía (por eso resultaba extraño el comentario de Wittgenstein); Wittgenstein y Popper debieron haber compartido numerosos elementos que podrían haberles llevado a que se cruzaran sus caminos: ambos eran de origen judío, a ambos les interesaba la música, tenían contacto con grupos innovadores, los dos habían recibido una formación como profesores y ambos mantenían contacto con la corriente principal del positivismo lógico: el Círculo de Viena. Es por tanto sorprendente que nunca llegaran a encontrarse, pese a que se movían en los mismos círculos culturales, sociales y académicos. Era indudable que compartían amigos y conocidos comunes; incluso estuvieron en el mismo sitio, la misma hora y el mismo día: el 15 de julio de 1927, cuando la policía disparó contra una manifestación de los trabajadores del partido socialdemócrata matando a 84 personas; los disparos también alcanzaron a algunos transeúntes que pasaban por allí. Así, Popper escribió: 'Mi futura esposa y yo estábamos entre los que contemplaron la escena con incredulidad'; Wittgenstein también se encontraba allí con su hermana Margarete, quien –después de despedir al chofer por insistencia de Wittgenstein– caminaba junto a él, cuando comenzaron los disparos. Ambos –con una diferencia de cuatro años– fueron formados como profesores de niños: Wittgenstein en escuelas primarias rurales (algunas de ellas eran tan distantes, que sólo podía llegarse a pie) y Popper como profesor de niños minusválidos en escuelas primarias y secundarias de Viena. Mientras que Wittgenstein lo hacía como una manera de renunciar a los lujos que siempre había disfrutado en su casa, Popper lo hacía por una cuestión de necesidad, pues tras la repentina pobreza de su familia, tuvo que abandonar la escuela. Así, se matriculó en el Instituto Pedagógico de Viena, porque ello le permitía poder ingresar a la universidad, ya que tenían materias comunes. Ambos recibieron la preparación metodológica que se necesitaba para implementar un nuevo proyecto educativo para incentivar el aprendizaje, el cual defendía la tesis de que 'la mente posee la capacidad innata de producir marcos cognoscitivos, dentro de los cuales se organiza la información'. Los dos procedían de familias cultivadas, de tradición. El padre de Popper era abogado y tenía su despacho en Viena, poseía una biblioteca de aproximadamente diez mil libros y como entre-

tenimiento traducía libros clásicos griegos y latinos al alemán; fue caballero de la Orden de Francisco José, por trabajar en pro del alojamiento de los trabajadores carentes de recursos. Por su parte, Wittgenstein pertenecía a una clase social ‘que miraba sin tapujos por encima del hombro a las familias burguesas como los Popper’. Los Wittgenstein estaban entre las familias austriacas más opulentas; sólo estaban por debajo de los Rothschild. A Karl Wittgenstein, padre de Ludwig, se le consideraba un genio, ‘la fuerza motriz que movía el mercado del acero en el país, capaz de hacer que el precio del acero subiera o bajara a su antojo’. La casa de los Wittgenstein era uno de los salones musicales más importantes de la ciudad. Allí se reunía Gustav Mahler, Klimt, Ravel, Webern, Berg, Strauss, Brahms y otros famosos de la época; tenían seis pianos de cola. Aunque los Wittgenstein se dedicaron a ser mecenas de muchos artistas, también fueron muy criticados por ello; se les acusaba de ‘no tener tiempo para el arte, pero querían ser mecenas’.

De esta manera, como cuentan los autores, cuando muere el padre de Ludwig en 1913, éste se convierte en el hombre más rico de Austria y uno de los más ricos de Europa. Pocos años después, el padre de Popper pierde todos sus ahorros debido a la inflación de la posguerra de Austria; mientras que Karl Wittgenstein había invertido su fortuna en el exterior. Ludwig se deshizo rápidamente de su fortuna, transfiriéndole todo su dinero a Paúl (el único hermano que le quedaba) y a Hermine y Helene, ya que su otra hermana, Margarete, se había casado con un norteamericano millonario y tenía una excelente posición económica. Así, Wittgenstein renunció a todas las cosas que consideraba banales, pero conservó algo que no podía dejar: su porte aristocrático, el cual se trasladó en un refinamiento y una sobria distinción.

Popper, por su parte, por influencia familiar, era un hombre muy cultivado, de una gran distinción, aunque sin el porte aristocrático, ni fortuna familiar. Como lo señalan Edmonds y Eidinow, también en 1919–1920 llevaba una vida austera (vivía en una residencia estudiantil que había sido improvisada en la parte en desuso de un viejo hospital militar), pero no porque su voluntad así lo quisiera –como en el caso de Wittgenstein– sino porque no quería ser una carga para su padre, quien había quedado en la ruina.

Edmonds y Eidinow dejan traslucir en sus escritos que probablemente una gran parte de la animadversión que sentía Popper por Wittgenstein se debía precisamente a la posición aventajada que siempre representaría la familia Wittgenstein. Una muestra evidente de esta antipatía de Popper hacia Wittgenstein se muestra en una observación despectiva que éste hizo frente a un grupo, donde se encontraba Munz, de que Wittgenstein no podía diferenciar un café de una trinchera. Popper sentía un gran desprecio por los cafés vieneses, los cuales relacionaba ‘con la vida fácil de la intelectualidad, adinerada, frívola, despreocupada y a la moda’. A su alumno y después colega, Joseph Agassi, le hizo el

comentario de que ‘el *Tractatus* olía a cafetería’; pero, indiscutiblemente que Popper se equivocó con este comentario. Tal como lo señalan Edmonds y Eidinow, si el *Tractatus* oliera a algo, esto sería a mina y a muerte, pues Wittgenstein luchó como voluntario en la Primera Guerra Mundial y durante sus momentos libres, en las noches, mientras retumbaban los cañones a su alrededor, escribió una gran parte de las hojas del *Tractatus*.

Popper, aunque nunca estuvo en ninguna de las dos guerras –tenía sólo dieciséis años cuando la primera y en la segunda ya se encontraba trabajando en Nueva Zelanda–, consideraba que haber escrito *La miseria del historicismo* y *La sociedad abierta y sus enemigos* había sido su aporte a la derrota del nazismo.

Sin embargo, a pesar de las diferencias de clase social y riquezas, había algo entre ellos que no podían soslayar: sus familias eran conversas, aunque éste no era un hecho que pudiera catalogarse de algo especial, ya que Europa estaba llena de familias con esa condición. Sin embargo, este hecho, a modo de ver de Edmonds y Eidinow, ‘lejos de constituir un lazo de unión entre ellos, sólo sirvió para dejar al descubierto lo diferentes que eran sus concepciones de la vida’. En el caso de Wittgenstein, la familia se había convertido al catolicismo mucho antes de que él naciera, por lo tanto, no debió haber sentido el rechazo no tan sutil hacia los recién conversos; mientras que la familia de Popper recién se había convertido al protestantismo cuando Karl nació, incluso sus hermanas habían sido criadas bajo los preceptos judíos; por lo tanto, para Popper su condición de judío converso le dio sus molestias como ya lo sabemos, ya que incluso renegó públicamente de su condición de ser judío y se definió como un no creyente en las razas.

Mientras que los Wittgenstein pertenecían al segmento de la sociedad vienesa de que ‘nadie nos tocará un pelo’, Popper tuvo que emigrar por considerar que la situación era insostenible y era su única posibilidad de salir de allí regresando con muchos triunfos a cuesta, y precisamente aquel día en el King’s College era una oportunidad de demostrar a sus colegas académicos los logros que había obtenido. Popper siempre se había sentido incomodo por haber tenido que emigrar y no haber podido hacer una carrera académica en Viena por su condición de judío, aunque él no se sintiera así, pero la situación en Viena llegó a ser tan terrible por el antisemitismo, que no había opción para quienes pudieran tener algún ascendente judío, ya que el partido nazi se había adueñado del control de la vida universitaria y ni siquiera aceptaba que existieran estudiantes judíos en ellas, muchos menos profesores de origen judío. Wittgenstein y Popper, justificaban su condición de conversos (en algunos de sus escritos pueden encontrarse trazos de rechazo hacia su propia concepción como tales y hasta, como lo señalan Edmonds y Eidinow, con cierto antisemitismo implícito en ellos). ‘Mientras que Popper se preocu-

paba de las cosas externas, del mundo social y del lugar de los judíos en él, Wittgenstein, como era previsible, se concentró en las interioridades del asunto, en él mismo y en otros individuos.’

Así, en 1940 mientras Popper se acostumbraba a su nueva vida en Nueva Zelanda, Wittgenstein se preocupaba en salvar a su familia de la SS, quienes a pesar de no ser considerados judíos –lo que evidentemente los mantuvo a salvo por el tiempo en lo que fue más crítico el asedio hacia los judíos– tuvieron que pagar al Tercer Reich ‘la increíble cifra de 1,7 toneladas de oro, equivalentes al 2% de las reservas de oro austriacas, de las cuales se apoderó Berlín en 1939.’ Pero mientras los familiares de Wittgenstein se salvaban, algunos parientes de Popper no estuvieron favorecidos por esta suerte y murieron en el Holocausto, aunque sus padres habían muerto antes. La hermana de Popper, Annie, se había mudado a Suiza, donde se hizo escritora de novelas románticas.

Aparte de los capítulos anteriores, donde se describe con lujo de detalles las vidas de nuestros dos grandes filósofos, los cuales son de una gran riqueza por la fuerza descriptiva que manejan los autores, uno de los capítulos más interesantes de este libro es el dedicado al Círculo de Viena, donde los autores se explayan en explicar los principales fundamentos de este movimiento y de algunos de sus integrantes, así como de la gran influencia que tuvo el *Tractatus* entre el Círculo y la veneración que algunos de sus integrantes le profesaban a Wittgenstein. Esto hace que el libro no sólo sea de un gran interés para los estudiosos de biografías de personajes interesantes y fascinantes sino que también es de gran importancia para los interesados en la filosofía del siglo XX, la cual, podemos decir sin ambages, fue influenciada determinadamente por los pensamientos de estos dos grandes genios.

Nancy Núñez O.  
Instituto de Filosofía  
Universidad Central de Venezuela  
e-mail: nnunezm@cantv.net